

CARMEN KORN

# TIEMPO DE MUJERES

HIJAS DE UNA NUEVA ERA II

Una emocionante saga sobre cuatro mujeres que se enfrentaron a los momentos cruciales del siglo XX con la fuerza de su amistad



Cuatro amigas que libraron sus propias batallas entre dos guerras.

La historia de tres generaciones, la historia de un siglo.

1949. La guerra ha terminado. Hamburgo queda reducida a escombros y muchos se encuentran sin un hogar al que regresar. Como Henny, quien no ha podido olvidar la mirada de su amiga Kathe en ese tranvía... Lina, por su parte, ha abierto una librería, Ida está decepcionada por su relación con Tian, a pesar de todo lo vivido. Los años pasan, los hijos de las protagonistas crecen y ellos también tienen historias que contar. Arrancan por fin los años del milagro económico y las revoluciones sociales que marcaron los años cincuenta y sesenta: la construcción del muro de Berlín, la llegada de la píldora y de la televisión, el comienzo de los movimientos estudiantiles y la música de los Beatles.

Para nuestras madres y nuestros padres.

Anneliese y Heinz Korn,  
Ursula y Paul Hubschmid.



## Índice de personajes

### HENNY Y SUS FAMILIARES

**Henny Lühr, de soltera Godhusen:** Nacida en 1900, a sus cuarenta y ocho años, Henny ya ha acumulado algunas vivencias. Su primer marido, Lud Peters, murió en 1926 en un accidente de tráfico y se ha divorciado del segundo, el maestro de primaria Ernst Lühr. En cambio, sigue amando su oficio de partera en la clínica de mujeres Finkenau.

**Else Godhusen:** Madre de Henny, viuda desde que su marido Heinrich falleció en la Primera Guerra Mundial.

**Marike Utesch, de soltera Peters:** Nacida en 1922 e hija de Henny y Lud. La joven médica está casada con Thies, su amor desde la infancia. Después de volver de Rusia, Thies encuentra empleo en la recién fundada emisora de radio Nordwestdeutschen Rundfunk, donde en la actualidad es responsable de la música ligera.

**Klaus Lühr:** Nacido en 1931 e hijo de Henny y su segundo marido, Ernst, Klaus no tiene contacto con su padre desde que, en su decimosexto cumpleaños, confesó que se sentía atraído por los chicos. Para evitar tener que dormir en una cama plegable en casa de su abuela Else, vive desde hace algún tiempo en casa del médico Theo Unger, que se ha convertido en un amigo y una figura paterna para él.

**Theo Unger:** El médico también desempeña un papel cada vez más importante en la vida de Henny. Theo procede de una familia de sanitarios residente en Duvenstedt. Durante la guerra, el huerto que tenía allí su madre, Lotte, dio la vida a sus amigos de la Finkenau. Se divorció de Elisabeth, que en 1945 se trasladó a Bristol con el capitán inglés David Bernard.

#### LINA Y SUS FAMILIARES

**Lina Peters:** Nacida en 1899, sigue siendo la cuñada de Henny, aunque su hermano Lud muriera tiempo atrás. Partidaria de la reforma pedagógica, ya no trabaja de maestra, sino que regenta la próspera librería Landmann, a la que puso el nombre en recuerdo de su amigo Kurt Landmann, médico judío en la Finkenau, que se quitó la vida en 1938 después de que los nazis le retiraran la licencia para ejercer.

**Louise Stein:** Compañera sentimental de Lina desde hace años y amante de los cócteles. Antes trabajaba de dramaturga en el teatro Thalia, pero ahora es una de las propietarias de la librería Landmann. Su padre, Joachim, se ha trasladado de Colonia a la ciudad a orillas del Alster.

**Momme Siemsen:** Librero de Dagebüll que aprendió su oficio en la librería Heymann, en Hamburgo. Ahora regenta la suya propia junto a Lina y Louise. En el ámbito personal, le cuesta comprometerse, sigue manteniendo distintas novias y viviendo en la pensión de Guste, en la calle Johnsallee.

#### IDA Y SUS FAMILIARES

**Ida Yan, de soltera Bunge:** Nacida en 1901, desde que se divorció del banquero Friedrich Campmann, Ida también vive en la pensión de Guste con su gran amor, el chino Tian Yan, que está al frente de una factoría de café, y su hija Flo-

rentine (nacida en 1941), que incluso siendo aún muy pequeña, ya ama la moda y sueña con trabajar de modelo.

**Guste Kimrath:** Dueña de la pensión y compañera sentimental del fallecido padre de Ida, Carl Christian Bunge. Poseedora de un gran corazón, sigue mostrándose dispuesta a acoger a otros polluelos en la villa que heredó en la calle Johnsallee.

#### KÄTHE Y SUS FAMILIARES

**Käthe Odefey, de soltera Laboe:** Desde que la Gestapo se llevó a Käthe y a su madre, Anna, en enero de 1945, sus amigos no saben si Käthe sigue viva. Aunque Henny está segura de haberla visto el día de Nochevieja de 1948 en un tranvía, Theo Unger define ese hecho como «alucinación fruto de la esperanza», y poco a poco también Henny empieza a ponerlo en duda. Si su amiga sigue con vida, ¿por qué no acude a ella?

**Rudi Odefey:** Marido de Käthe, al que esta conoció en las Juventudes Socialistas, asimismo desaparecido en la guerra. Sus amigos daban por muerto a este amante de la poesía hasta que dio señales de vida en un campo de prisioneros en los Urales. Sin embargo, tras numerosas consultas a la Cruz Roja, no han obtenido ningún resultado.

**Alessandro Garuti:** Padre de Rudi, al que conoció pasado mucho tiempo. El antiguo agregado cultural de la embajada italiana en Berlín emprende el largo viaje de San Remo a Hamburgo para buscar a su hijo.

## Marzo, 1949

Los ladridos del perro sonaban tan cerca que Theo se asomó a la ventana para ver el jardín. Allí apenas se dejaba intuir la primavera tras un invierno que había sido sumamente frío y que aún no había abandonado los primeros días de marzo. Solo los gorriones gorjeaban en el pelado arce, sin dejarse perturbar por los graves ladridos.

Y a él, ¿lo importunaban? El dogo era de los vecinos, que se habían instalado en la casa de al lado a principios de año. Personas agradables, familiares del propietario anterior, ya fallecido. En los tiempos que corrían era toda una suerte tener un tejado intacto sobre la cabeza. Para él; para Klaus, el hijo de Henny, que vivía en su casa; para la familia de al lado.

No, los ladridos no molestaban a Theo Unger, aunque hasta ese momento en su vida no hubiese habido ningún perro, ni en Duvenstedt, el pueblecito donde había crecido, ni durante los años que había vivido con Elisabeth en aquella casa de la Körnerstrasse, cerca del Alster. Y eso que un perro elegante habría encajado con la mujer con la que había estado veinticuatro años casado.

Tenía la idea de que nunca era tarde para empezar de nuevo, así que ¿por qué no dejar que entraran en la casa un poco de ruido y unos cuantos ladridos? A Theo lo que de verdad lo importunaba era el silencio, ya que entonces lo asaltaban las sombras y le hablaban de aquellos a los que había perdido.

Justo entonces se oyó otro sonido estridente: la ruidosa bocina de un coche, casi como un toque de clarín. Theo dejó el vaso en la mesita que había junto al sillón de piel y en el recibidor coincidió con Klaus, que había bajado de su habitación, en la primera planta, para abrir la puerta.

—Menudo coche —alabó Klaus—. Mira, y ha aparcado justo delante de casa.

Theo apenas daba crédito cuando vio que del coche bajaba Garuti, Alessandro Garuti, que ahora tenía más años, como todos ellos, pero conservaba el porte distinguido de siempre.

—*La brava* —dijo Garuti acariciando el capó del Alfa Romeo que lo había llevado de San Remo a Hamburgo pasando por Niza, Lyon y Alsacia—. ¡Sorpresa!

Fue hacia Theo, risueño, y lo abrazó. También el italiano pensó que su viejo amigo apenas había cambiado. Era la primera vez que se veían después de la guerra. Y resultaba extraño no encontrar a Elisabeth junto a Theo, aunque Garuti hacía tiempo que sabía, puesto que habían hablado por teléfono, que ella lo había abandonado el verano de 1945 para irse a Bristol con un capitán inglés.

Ahora, al lado de Theo se hallaba el joven que hacía que la vida de su amigo fuese menos solitaria: Klaus. Un nombre corto. Alessandro Garuti amaba la lengua alemana, si bien a veces se le antojaba un tanto monosilábica. Rodolfo, en cambio, era como música para sus oídos. Rudi, su hijo y heredero.

Garuti entró en la villa de una planta con el tejado abuhardillado y el rosal. Cuán grato era volver a ver todo aquello. Ya había alcanzado los setenta años, y confiaba en vivir aún mucho tiempo para disfrutar de la paz. Hasta 1940 no había sabido que era padre de un hijo hecho y derecho: Rudi había sobrevivido a la contienda, pero seguía siendo prisionero de guerra, y se hallaba internado en un campo de presos ruso en los Urales. Ojalá volviera pronto.

—Ciertamente es una sorpresa, Alessandro. Esperábamos verte en mayo, no ahora, con este frío —comentó Theo una vez que los tres estuvieron ya en el salón.

—No aguantaba más. Tal vez pueda ponerme en contacto con Rudi desde Alemania.

Theo Unger pensó que el diplomático jubilado y antiguo agregado cultural de la embajada italiana en Berlín albergaba demasiadas esperanzas, pero no dijo nada. En su lugar sirvió un vino tinto del Ahr ligero y bien atemperado para darle la bienvenida.

No tardarían en abordar las tristes verdades. Käthe, la mujer de Rudi, y Anna, su madre, también habían desaparecido cuando acabó la guerra. Había días en los que Theo temía que Henny se hubiese equivocado cuando, la Nochevieja del año anterior, había creído ver a su amiga tras una ventanilla del tranvía de la línea 18. Käthe seguía en paradero desconocido.

—Vaya, tenéis perro —observó Alessandro Garuti, que se había acercado a la ventana y miraba el jardín trasero.

Theo y Klaus se unieron a él y se quedaron pasmados: el dogo estaba en uno de los arriates y movía el rabo. ¿Había saltado el seto?

—*Goliath* —lo llamó una voz desde el jardín contiguo.

El perro los miró una vez más y dio media vuelta, atravesando el seto de boj. Daba la impresión de que *Goliath* pensaba en utilizar la brecha que había abierto muy a menudo.

—*Il cane ha sorriso* —comentó Garuti: el perro había sonreído.

Ese domingo de marzo Henny estaba de guardia en el paritorio y solo nacían varones, uno de los milagros de la naturaleza después de una guerra: el sexo masculino hacía todo lo posible para recuperar las grandes pérdidas que se habían sufrido en los campos de batalla de todos los países.

Henny Lühr acomodó al pequeño en brazos de su madre: una primera toma de contacto antes de que el recién nacido pasara a la sala de lactancia. A menudo las mujeres estaban exhaustas en esos momentos, pero algunas no querían separarse de la personita a la que acababan de traer al mundo. En ese sentido, un parto en casa hacía que la confianza por ambas partes naciese mucho más deprisa, aunque también entrañaba más riesgos.

Su madre, Else, la había tenido a ella en casa; al padre de Henny se le cayó el azucarero al suelo de puro nerviosismo. «Eso es que va a ser niña», aseguró la matrona, y retiró del fogón la cacerola con agua caliente.

En cambio, Marike, la hija de Henny, había venido al mundo en la Finkenau, en 1922; ya entonces la casa de maternidad gozaba de una excelente reputación. Klaus también había nacido en ese mismo sitio, nueve años más tarde, y ahora veía la luz del sol toda una nueva generación de posguerra que ojalá tuviese la oportunidad de vivir tiempos de paz duraderos.

Henny miró el gran reloj de la pared del paritorio: en muy poco rato, en cuanto finalizara su turno, podría sacar la ensalada de patata de la nevera del cuarto de enfermeras e ir a ver a Klaus y a Theo. Sin pasarse antes por la Schuberts-trasse, donde volvía a vivir con su madre desde que los bombardeos de julio de 1943 destruyeran su casa. Si se dejaba caer por allí, Else se pondría de morros cuando supiese que no iba a pasar la tarde con ella.

Klaus, de diecisiete años, tenía una habitación propia en casa de Theo. A Theo le habría gustado que Henny se instalase con ellos, pero, por una vez, ella no quería precipitarse. Todo había ido demasiado rápido, sobre todo el amor.

Vio que Gisela se hacía cargo del recién nacido para llevarlo a la sala de lactancia. La placenta se había desprendido a los diez minutos, no se esperaban complicaciones, pero, para ir sobre seguro, Gisela no perdería de vista a la madre durante la siguiente hora y media.

Había algo en la joven comadrona que a Henny le recordaba a Käthe, aunque Gisela tenía el cabello cobrizo y pecas. Probablemente fuera su testarudez. El joven doctor Unger había apodado a Käthe «La contestona», años atrás, cuando esta empezó con Henny su formación para convertirse en comadronas en la Finkenau.

El día anterior había visto que Gisela se metía en la bolsa de la compra una pastilla de jabón Sunlicht. El jabón era propiedad de la clínica. Al parecer, Gisela no se había dado cuenta de que la observaban.

En su día Käthe birlaba escamas de chocolate y paquetitos de porciones de mantequilla en la cocina del ala privada, y, aunque lo había sabido todos esos años, Henny no había dicho nada.

No, el día de Nochevieja no se había equivocado, aunque Theo empezase a pensarlo. Käthe iba en el tranvía, se miraron. Pero, debido a lo inesperado del momento, Henny no pudo subirse al vagón, la campanilla que indicaba que el tranvía iba a arrancar había sonado hacía rato; por ahora ella seguía oyéndola. Salió corriendo torpemente por los adoquines mojados, pero el tranvía de la línea 18 se alejaba de la parada del puente de Mundsburg.

«Una alucinación —diagnosticó Theo—. Una alucinación fruto de la esperanza». Pero Henny seguía viendo la cara de susto de Käthe. No habían sido imaginaciones suyas. ¿Por qué se había asustado su amiga cuando por fin habían vuelto a verse? Se conocían desde que tenían siete años, ¿por qué después de ese inesperado encuentro Käthe no había acudido a ella? ¿Por qué se escondía? No había ni rastro de Käthe en todo Hamburgo.

Desde entonces habían pasado un enero, un febrero y trece días de marzo. La idea de que Käthe había sobrevivido no solo al campo de concentración de Neuengamme, sino también a las marchas de la muerte que se vieron forzadas a emprender cuando lo evacuaron, en un principio

llenó de una dicha incontenible a Henny, pero ahora solo sentía confusión y una corazonada que se negaba a admitir.

La puerta se abrió y Gisela volvió al paritorio con el doctor Geerts.

—¿Quiere que la lleve, Henny? Voy a Winterhude, puedo dejarla en la esquina de la Körnerstrasse.

Geerts ya llevaba allí algún tiempo, casi tanto como Theo, que era uno de los médicos jefe desde hacía años, aunque probablemente nunca llegase a ser director de la clínica. Tal vez porque no creía en las jerarquías.

—¿Cómo sabe que quiero ir ahí? —preguntó Henny.

—Solo era una suposición —respondió Geerts, esbozando una sonrisa.

Pese a que no tuvo que andar mucho hasta la casa de Theo, el viento frío hizo que a Henny se le enrojeciese el rostro. De no haber efectuado la mayor parte del trayecto en el nuevo Ford de Geerts, ese día en que tan poco faltaba para la primavera le habría dejado escarcha en las pestañas. Klaus fue a la puerta y le cogió la ensalada.

—Tenemos visita, mamá —informó—. Alessandro Garuti ha venido de Italia.

En ese preciso instante Theo salió al recibidor y, tras hacerse cargo de su abrigo, la tomó de la mano y la llevó al salón. Garuti, que se había levantado, fue a su encuentro.

Henny sintió un instante de turbación cuando le presentaron por sorpresa a un gran admirador de la primera esposa: Elisabeth era muy superior a ella en gracia y elegancia. Pero el distinguido *signor* Garuti, que estaba delante de Henny, era el padre de Rudi y el suegro de Käthe, y eso hizo que se sintiera menos cohibida.

Si probablemente a Elisabeth le hubiese besado la mano, Henny se alegró de que a ella tan solo se la estrechara con firmeza, un gesto de bienvenida cordial y afectuoso. Le

agradó en el acto Alessandro Garuti, que tanto le recordaba a Rudi. Ojalá al menos él volviera a estar con ellos.

Cuando se sentaron a la mesa a cenar, la conversación no tardó en girar en torno a Rudi, Käthe y Anna. Garuti sabía del fugaz encuentro la tarde del día de Nochevieja.

—Me figuro que habréis acudido a todos los organismos oficiales de la ciudad —comentó, y le vino a la memoria el día que acudió al registro civil del distrito de Neustadt para comprobar los datos del año 1900 y así supo del nacimiento de su hijo y también de la muerte de Therese, la madre de Rudi.

—No hemos dejado tierra por remover —repuso Klaus.

—No está inscrita en ninguna parte. Ni siquiera en los alrededores de Hamburgo —añadió Theo.

—Con lo cual tampoco podrá tener cartilla de racionamiento —señaló Henny. ¿Cómo iba a poder sobrevivir así?

Cada uno de ellos miró su plato en silencio.

—Käthe iba en ese tranvía —aseguró Henny.

—¿Es Henry Vaughan Berry el actual gobernador civil de Hamburgo? —quiso saber Garuti.

—¿Lo conoces? —Theo miró a Garuti con cara de asombro.

—Un viejo amigo mío estudió con él en Cambridge. Eso fue antes de que estallara la Primera Guerra Mundial, pero siguieron en contacto.

—¿Qué puede saber Berry? —planteó Klaus.

—Veremos —respondió Garuti con un suspiro—. Es como buscar una aguja en un pajar, pero bueno.

Else Godhusen había leído el consejo en *La inteligente ama de casa*, la hojita que el tendero le deslizaba por el mostrador. No costaba nada y daba muy buenos consejos, como, por ejemplo, cómo vencer la soledad cuando una estaba en casa sola por la tarde.

Era sencillo: hacer como si fuese a cenar contigo el emperador de China. Acicalarte. Cubrir el hule con un mantel. Añadir una copa de cristal tallado de la cristalería buena. Levantar la copa con el vino del Rin de cuatro marcos con noventa y cinco y comer un huevo relleno con un poco de caviar.

«Y estar sola», pensó Else, y se enfadó cuando se manchó la blusa de seda con mayonesa. La radio, que se suponía que debía encender, tampoco ayudaba, ni siquiera la animada velada de la NWDR. Aunque quizá fuese Thies, el marido de su nieta Marike, el creador del programa.

Tenía setenta y un años ya, y era viuda desde los treinta y cuatro. Viuda de guerra. Ahora volvía a haberlas, y en abundancia, y también novias de guerra. Qué idea más absurda, como si las mujeres quisieran casarse con la guerra, en lugar de con ingleses o americanos.

Else se levantó y sacó la pastilla de jabón del mueble del fregadero. Sería mejor que se quitara la blusa y se pusiera la bata. Los demás consejos de *La inteligente ama de casa* eran más útiles: corteza de roble para los sabañones, o un patrón para confeccionar cazadoras para los chicos, aunque Klaus ya era demasiado alto para las medidas que facilitaban.

Pasaban de las diez y Henny todavía no había vuelto. El doctor Unger era un caballero, pero la relación que mantenían esos dos no se podía decir que fuera decente. Antes la gente siempre se casaba, incluida Henny. Que Klaus viviera con el médico en lugar de dormir en su casa, en la cama plegable de la salita, estaba muy bien, y Klaus era mucho mejor estudiante desde que tenía su propio cuarto. Pero la familia debía permanecer unida, y otros vivían en agujeros, en sótanos expuestos a las corrientes de aire, y aguantaban juntos sin quejarse.

Else Godhusen se frotó la mancha de salsa, enfurruñándose más mientras lo hacía. Quizá un brandi le hiciera bien. Desde luego, la blusa no, que poco después colgaba moja-